

con lágrimas, y mas quando lo veía mas fervoroso, mas penitente, y mas austero. Reparó el mancebo, y preguntaba cada día la causa de su sentimiento: tantas lo hizo, y ya tan cuidadoso, que se le hubo de declarar el anciano. Sabete, hijo mio, le dixo, que todo, todo lo que haces, es en vano, porque à mí me han dicho del Cielo, que te has de condenar sin remedio. Oh, Padre (respondió alentado el ya maestro de la virtud) no tienes que afligirte de eso, haga Dios en mí toda su voluntad, que yo no le sirvo porque me dé el Cielo, no, sino solo porque viendo su bondad suma, con la qual me ha hecho tantos beneficios, no puede mi corazón dexar de amarlo. Ahora, si me diere el Cielo, sea bendito; si me echare al infierno, será muy justa su voluntad; pero yo no le he de dexar de querer. ¡Oh, acto prodigioso! Y tanto, que poco despues apareciendo un Angel à aquel viejo, le deshizo todo el engaño del demonio, y le dixo, que con solo aquel acto de amor de Dios havia aquel mancebo merecido mas aquel día, que con todo quanto havia hecho en toda su vida. ¡Oh, Dios mio, amoroso Dueño de nuestras almas! ¿Qué mas interés que amar tu hermosura? ¿Qué mas logro que anegarse nuestras almas en el abismo inmenso de tus perfecciones? A tí, por tí solo te quiero; à tí, por tu infinita hermosura te amo; y no quiero la vida sino para servirte; y no quiero sino para amarte con un eterno, y seguro amor la Gloria.

### PLATICA III.

#### COMO DEBE SER EL AMOR DE Dios sobre todas las cosas.

A 9. de Noviembre de 1690.

EN acertar el empleo consiste el feliz logro de la ganancia: quien al emplear no vé lo que compra, lamenta presto lo que pierde. Por eso todo su cuidado lo pone un mercader en emplear en genero que haviendo de tener valor, dexé provecho. Y si tanto cuidado cuesta emplear bien el dinero, porque no se pierda; ¿qué cuidado deberá costar emplear bien el amor, porque no se malogre? El amor, joya la mas preciosa que tiene nuestro corazón, alhaja la mas inestimable, que adorna nuestra naturaleza; el amor, que es todo el caudal, que solo podemos decir que es nuestro: ¿en qué, y cómo se emplea? ¡Oh, Dios! Los unos emplean todo su amor en los deleytes, ¿qué cosa mas vil? Los otros emplean todo su amor en vanidades; qué mayor engaño? Estos emplean su amor en las riquezas; qué poquedad mas peligrosa? Aquellos emplean su amor en puestos, y honras; qué viento mas vano? Y estos, y aquellos, y los otros emplean su amor en las criaturas; qué empleo mas mentiroso? ¡Oh, amor mal empleado! y por eso, oh, malogrado amor! Porque no teniendo va-

lor todo su empleo, se pierde la ganancia, lo paga el principal, y lo llora las mas veces un eterno daño. Ahora, pues, al contrario ha de ser, si hemos de acertar. No se ha de emplear el amor en los bienes del mundo; antes los bienes del mundo han de ser los que hemos de emplear todos en el amor. Toda su causa, todo su caudal, toda su riqueza, dice el Espíritu Santo, si la dá un hombre toda para comprar solo el amor: *Si dederit homo omnem substantiam domus sue pro dilectione*, ¿qué le sucederá con tal compra? ¿Qué? Que en poseyendo el amor, echará de ver, que todo quanto dió por él no era nada, que todas las riquezas, y que todas las cosas del mundo son nada; en comparacion de lo que gana con el amor: *Quasi nihil despiciet eam*. Pues si un amor mal empleado es el que nos pierde; por emplearlo en las cosas del mundo; por el contrario, empleando todas las cosas en el amor, ¿nos hemos de ganar? Sí; mas cómo podremos emplear todas las cosas? Yo lo diré bien presto: con amar à Dios sobre todas las cosas.

Oblíganos, pues, el primer Mandamiento à hacer especiales actos de amor de Dios, y que esos actos de amor no sean de amor interesado, y por nuestra propia conveniencia, sino de amor de amistad solo por Dios. Eso ya lo hemos visto; pero ahora nos falta ver el cómo del amor de Dios en aquellas palabras: *Sobre todas las cosas*. ¿Y qué es amar à Dios sobre todas las cosas? pregunta el Catecismo. Será dexarlo por Dios todo? Dexar el mundo, irse à un desierto à vivir desnudo entre asperezas? No, que en medio de grandes riquezas puede haver quien ame à Dios sobre todas ellas. Ahí esta un Job, un Abraham, un David. ¿Será dexar por Dios los puestos, las dignidades, las honras? No, que entre ellas puede haver quien sobre todas ellas ame à Dios. Ahí están los Fernandos, los Henricos, y los Gregorios. ¿Será dexar los adornos, las galas, la ponpa? No, que entre esas galas se puede amar à Dios muy de veras. Ahí están una Esthér, y una Judith. Pues si teniendo riquezas, honras, puestos, galas, se puede así amar à Dios, sin dexarlas, ¿qué es amar à Dios sobre todas las cosas? *Querer antes perderlas, que ofenderle*. ¡Oh, ley soberana! ¡Oh, ley suavísima! De modo, que Dios, que nos lo dá todo, no nos quiere quitar nada, y solo nos pide, que en el cotejo de perderlo todo, ù de ofender à su Magestad, estemos resueltos à primero perderlo todo, que à perder à Dios. Esto es amar à Dios sobre todas las cosas.

Pero siendo esto tan claro, ò no parece que lo oyen, ò no parece que quieren entenderlo dos generos de almas, unas de muy temerosas, otras de muy embarazadas. Las unas se lamentan de que no tienen amor de Dios; las otras se quejan de que no pueden conseguirlo. ¡Oh, valgame Dios! Oygamos las turbaciones de las unas, tan vanas como los embarazos de las otras. Padre (dice ya un alma esculpida) no sé qué me haga, porque à mí me parece que no amo à Dios, porque ni yo tengo devocion en lo que rezo, ni siento fervor, antes una tibieza grande: no tengo aquellas ansias, aquella ternura de

corazon, aquellas lágrimas con que en otro tiempo amaba, y buscaba à mi Dios. Y en fin está mi corazón tan tibio, tan elado mi espíritu; que ni se alienta à hacer con fervor un solo acto de amor de Dios; y así yo pienso que no le amo. Bien: Oygamos ahora à las otras almas embarazadas. Padre (dicen) quien tiene todo su corazón repartido, y con su corazón repartido su amor, ¿cómo puede amar à Dios con todo el corazón un hombre, ò muger casada con hijos, y familia? ¡Oh, Dios! Amar mucho al marido es muy justo, amar à los hijos es obligacion, amar la vida es natural, amar, y mirar por la honra es debido. Pues he aquí un corazón hecho pedazos: ¿cómo podrá entregarse al amor de Dios todo, todo? Mas: El cuidado para el sustento de las obligaciones no se puede escusar, y de aquí se sigue amar la hacienda, desear la conveniencia, apetecer la comodidad. Pues si se aman todas estas cosas, ¿cómo podré yo amar à Dios sobre todas las cosas? He aquí las turbaciones de los unos, tan vanas, como los embarazos de los otros: pues ni los unos quitan, ni los otros estorvan el verdadero amor de Dios, à que estamos obligados por este Mandamiento.

Hay, pues, dicen los Theólogos, dos generos de amar: (atendedme) el uno *apreciativo*, el otro *intenso*, ò por decirlo mas claro, amor *tierno*: con este amamos con mas sensible vehemencia, con mas fervor, con mas ternura. Mas con el amor apreciativo, no sintiendo esas ternuras del cariño, amamos con mas firmeza, con mas estimacion, con mas aprecio. ¿Y cuál de los dos les parece amor mas poderoso? Digalo un exemplo: Verán una muger muerta por un perrillo de falda; ¿qué cariños le hace! ¿Qué amores! Lo lava, lo afea, lo cuida, y tanto, que porque su mismo hijuelo se descuidó tal vez, y le dió un golpe al perro, se enoja tanto, que dándole ella muy bien al hijo, hace que él acompañe con su llanto los ahullidos del animal. ¡Hay tal querer! ¿Esta muger no parece que quiere mas al perro que à su hijo? Así parece, pues tanto siente que el perro ahulle, y no se le dá nada que el hijo llora. Pues aguarden: sucede, que aquel muchacho cae en una cama con un grave accidente; ¿qué susto al punto de la madre, qué solitud, qué cuidado! Ya no piensa en otra cosa sino en su hijo: vé que se acerca à la muerte, y que no se le halla remedio, ¿qué dolor! Pues poned, que en ese caso diga el Médico: Señora, aquí no hay otro remedio sino matar este perrillo, y abriéndolo, ponerle à este niño, y sanará sin duda. ¿Eso hay? Pues al punto, al punto, que maten al perro, como sane mi hijo. ¿Qué maten al perro? Este era todo aquel amor? Sí, sí, que todo aquel no era mas que un amor tierno, un amor de cariño; pero al hijo lo ama además con amor apreciativo; y así, aunque parecia que amaba mas al perro, mayor era sin duda el amor del hijo. En el perro empleaba sus caricias; pero en el hijo tenía estimaciones, y aprecio.

Pues entendamos ya: este amor apreciativo es el

que Dios nos pide. Alma esculpida, no consiste el amor de Dios en esas ternuras, en esos fervores, en esos sentimientos, en esas lágrimas, no. Dime, estás resuelta, y firme à no ofender à Dios, aunque por ello pierdas la vida, la honra, la hacienda, y todo quanto tiene el mundo? Sí; pues amas à Dios, dichosa tú, tienes el amor de Dios verdadero, y mas que no llores, mas que no te enternezcas, mas que pienses que tienes el corazón duro, y empedernido. Lo mismo digo, señores, en el acto de contricion, que es acto de amor de Dios finísimo, que se afligen muchos, y les parece que no tienen contricion, porque no lloran, porque no sienten ternura de corazón, porque no hacen las alharacas, que quizá fingidas hacen otros. No consiste en eso: ¿tienes resolucion de morir antes, que pecar, de perder honra, hacienda, y quanto tiene el mundo, antes que executar una ofensa de Dios? Sí Padre, que se pierda todo, todo, como yo no pierda à Dios; pues tienes contricion, tienes amor de Dios, tienes la gracia, y tienes la infinita dicha, aunque no hayas derramado, ni una lágrima.

Y tú, alma embarazada, con que amas mucho à tu marido, y à tus hijos; ámalos, quanto quisieres, ámalos de día, y de noche; pero dime, si llegará el caso de que havias de hacer una ofensa de Dios, ò perder à tu marido, à tus hijos, à tu hacienda, ò à tu vida, ¿qué hicieras? ¿Que se pierda todo, y no se pierda Dios. ¡Oh, resolucion Christiana! Pues amas à Dios, no hay duda, sin que esos que juzgas embarazos, sean embarazos. Mira por la hacienda, cuida de tu honra, atiende à tu casa con quanto amor quisieres; que si estás resuelto de no hacer un solo pecado mortal, aunque todo eso se huviera de perder, amas à Dios sobre todas las cosas: que tan suave es en su amor, que no te las quiere quitar, sino que por ellas no le ofendas. ¡Oh, Dios! Que sería ver aquel insigne Martyr, aquel Varon incomparable, Thomás Moro, metido en un triste calabozo de Inglaterra, cargado de cadenas, y grillos, despojado de todos sus grandes Palacios, de sus rentas, de sus haciendas, de sus puestos, de su honra, el que pocos dias antes era el primer hombre de aquel Reyno, Privado de Enrique VIII. su Chanciller, y su primer Ministro. ¿Pues por qué lo ha perdido todo junto? Saben por qué? Por no hacer un pecado mortal, dando su parecer al torpe, è infame cafamiento, que aquel Rey maldito intentaba. Entra en el calabozo su muger, rodeada con sus tiernos hijuelos: Pues, marido, es posible, que quieras tú ver estas lágrimas? mira estas prendas de tu corazón descarradas ya, y del todo perdidas: mirame à mí desherrada, desnuda, pobre, y todo, solo porque tú quieres. ¿Qué te cuesta consentir con el Rey? en que à tí, à mí, y à nuestros hijos nos vá nuestra felicidad. ¿Y qué durará esa felicidad? le pregunta Moro. Durará (le responde) treinta, ò quarenta años. ¿Y Por treinta años quieres que perdamos à Dios, y con Dios una eternidad? *Stulta mercatrix es, mea Aloisia*: Luisa mia, ¿qué mala mercadera eres!

Dixo, y abrazandola à ella, y aquellos tiernos hijuelos, con tropél de follozos, y lágrimas, dió constante su cabeza al cuchillo. ¡Oh, Varon admirable! Esto es amar à Dios de veras.

Pero (¡oh, desdicha!) que hay muchos, que quisieran tener su corazon como una mesa redonda, donde no hay lugar principal: les tira el afecto à amar à su Dios; pero les tira tambien el apetito à amar à sus vicios: dexar éstos, les parece imposible: perder à Dios, conocen que es suma desdicha; y así quisieran juntar en su corazon à Dios, y à su idolo, à Christo, y al demonio. ¡Oh, desdichados! Luz, y tinieblas no pueden estar juntas: ò ha de ser de Dios todo ese corazon, ò será todo del demonio. De Santa Ida Lobaniense se refiere en su vida, (Ap. Euf. Hermos. de Dios. l. 2. c. 12.) que llena del amor de Dios, parecia, que no le cabía su alma en el cuerpo, y por esto se le estendia el cuerpo, se le ensanchaba, y engrandecia mucho mas de lo que era en su natural constitucion, y algunas veces, para mostrarla Dios el amor que le debía tener, le parecia que todos los miembros de su cuerpo se le havian convertido en corazones, y que estaba en todos ellos llenandolos Dios; Alma! Pues oh, ¿cómo en ese tu corazoncillo quieres juntar à Dios con el demonio? Pues aunque tuvieras mas corazones que atomos tiene el Sol, y cada corazon fuera mayor que todo el mundo, era poco para amar à Dios. Otros hay, que aman à Dios en la prosperidad, en la abundancia: quando no hay trabajos, mucho fervor, mucho rezar, mucha Iglesia; pero venga el trabajo, la pobreza, la tentacion: olvidóse todo. ¡Y qué impaciencias, qué riñas, y qué pecados! Ah, señores, y señoras! un cántaro cascado, mientras está dentro del agua lo verán lleno, como si estuviera sano; no parece tiene nada; pues saquenlo del agua; al punto escurrir, escurrir, hasta quedar vacío. ¡Ah, cántaros cascados! En la abundancia, en la quietud, ¿qué importa que esteis llenos, si en llegando el trabajo, la falta, la pobreza, os quedais vacíos?

Otros, y otras, les parece que aman à Dios con muchas devociones, y con frequentes Comuniones. ¿Y aquel hijo? Mirad que gravemente ofende à Dios. ¿Qué he de hacer? Es mi hijo, y es forzoso disimular, por no perderlo. Aquel trato, mirad que fue ilícito, y debeis restituir la mala ganancia. ¿Qué he de hacer? Es forzoso sustentar mi familia. Esa mala voluntad, y aun odio, que teneis à fulano, mirad que es culpa muy grave: yá la veo; pero yo debo mirar por mi honra. ¡Oh, desventurado! Dexas à Dios por tu hijo; pues perderás à tu hijo, y perderás à Dios: dexas à Dios por la hacienda; pues perderás la hacienda, y perderás à Dios; dexas à Dios por la honra; pues perderás à Dios, y perderás la honra. ¡Y qué al contrario! Desprecia Joseph su honra, por no ofender à Dios con la adúltera, y le paga Dios con redoblarle la honra: dexa Abraham el hijo, por obedecer al mandato de Dios, y le paga Dios con mejorarle el hijo, y la descendencia: dexa David el Reyno, por no executar en Saúl una

venganza; y le paga Dios con ponerle en la cabeza la Corona: dexa Susana hasta la vida, por no caer en una torpeza; y le paga Dios con asegurarle la vida, y con hacer eterna su gloria. ¿Qué quieren? que de estos exemplos le pudiera correr todas las Escrituras. Yá, pues, no será perder todas las cosas, sino asegurarlas en Dios; si por no ofenderle, las perdemos. Y mientras ese caso no llega, hagamos continuamente esta resolucion firme: primero morir, que pecar: primero perderlo todo, que ofender à Dios; eso pues es amar à Dios sobre todas las cosas, querer antes perderlas, que ofenderle. ¡Oh, qué cotejo! Perder la nada, por tener el todo; perder lo mismo que por instantes se nos vá, y nos dexa por tener lo que por una eternidad nos llenará de gozos; perder en fin la vileza de las criaturas, por la hermosura infinita, por la perfeccion inmensa de Dios.

Refiere Fray Thomás de Cantimprato, huvo en Bravancia una Doncella muy virtuosa, hermosa, y noble; permitióle Dios al demonio, que la tentase con vehementes estímulos de la carne, sin apartarsele de la imaginacion la representacion de un mancebo, en quien incautamente havia puesto los ojos. ¡Oh, robadores del alma! oh, medianeros de la muerte! oh, puertas de la perdicion! Trás los ojos se fueron los pensamientos, y trás los pensamientos se vinieron las tentaciones. ¡Qué lucha, qué batalla! Acudia affigida à dar parte de todo à su Confesor, con cuyos prudentes consejos alentada resistió algun tiempo. Pero refinando el infernal enemigo su artillería, instante no le permitia de reposo. ¡Ah! de solo un mirar tanto fuego! ¿Qué espera quien yá por su apetito en nada mira? Creció tan crudo el combate una noche, que yá rendida, determinó salir luego à la mañana à buscar la causa de su perdicion. Levantóse aun antes del dia, y al irse yá encaminando à la puerta de su casa; ¿à dónde vés? le previene la voz; y al parar, la atencion le embarga la vista, quién? el mas hermoso de los hijos de los hombres, Christo nuestro Redentor, que mostrandola sus llagas frescas, y corriendo sangre, la dixo: ¿Es por ventura ese mancebo mas hermoso que yo? Es mas dulce en sus finezas, que yo en las que he hecho por tí? Pues qué vés à buscar? Amame à mí mas que à él, que yo mas que él soy liberal, soy noble, soy dulce, y soy hermoso. Dixo, y desapareció de sus ojos, y de su corazon toda la tentacion de la carne, hasta el ultimo aliento de su vida. (Flores. Exemp. tit. de Charit. Dei. c. 3. ex 3.)

¡Oh, amabilísimo Jesus, y si el considerar tu hermosura pusiera así freno en nuestros apetitos, quando ciegos nos precipitan à perverte! Oh, pérdida imponderable, en que perdemos el mundo, perdemos la conciencia, perdemos el alma, perdemos el Cielo! Y en ganar soló à Dios lo ganamos todo, y ganamos una eterna Gloria.

## PLATICA IV.

### COMO, Y QUANDO NOS OBLIGA el precepto de la Esperanza.

A 16. de Noviembre de 1690.

Quien ama un buen ausente, entretiene su amor con los deseos, y alienta sus deseos con la Esperanza. (D. Th. 2. 2. q. 17. art. 8. in corp. & ad 2.) Carecemos, pues, de la vista de Dios, unico amor de nuestros corazones, unico bien de nuestras almas: por lo qual en esta vida solo nos queda por consuelo los deseos de llegar à verlo; y à esos deseos los anima la esperanza de gozarlo. Siguese, pues, del amor de Dios la esperanza de que lo hemos de ver en su Gloria. Y así nos manda juntar con todos los afectos del corazon, *ex toto corde tuo*, todos los deseos del alma: *& ex tota anima tua*. Pero hé aqui, que sin aguardar mas razones, me sale al paso un argumento, y con dificultad. Padre, me dice yá alguno de mis oyentes, estamos yá en que el amor de Dios, à que nos obliga el primero Mandamiento, es un amor muy fino, un amor del todo desinteresado, à que amemos à Dios solo por Dios, sin mirar en el amor à nuestro propio provecho, sino solo por su infinita bondad. Es así, no hay duda. Pues ahora: ¿cómo puede tener lugar la Esperanza? Porque si por la Esperanza esperamos de Dios que nos dará la Gloria, (¡no es nada!) que nos dará todos los bienes, aun temporales, y caducos, que pueden conducir para alcanzarla: y por decirlo de una vez, si por la Esperanza esperamos de Dios este mundo, y el otro; ¿qué mayor interés? No puede ser mayor. Ahora, pues, ¿cómo pueden estar juntos dos amores, que padecen entre sí tan contrarios? El uno, amor sin el menor interés, solo, solo por Dios; eso es la caridad: el otro, amor con no menos interés que todo este mundo, y el otro; esa es la Esperanza. Pues cómo puede ser, amar con interés, y amar sin interés, quando uno, y otro nos lo manda Dios? Ha visto, y qué bien arguyen? Pero dexenme explicar con un exemplo.

Una pobre madre, ha sucedido tal vez, y así le sucedió à la madre de Moysés, (Exod.) dió à luz entre tantas miserias su hijuelo, que venciendo lo duro de la necesidad à lo tierno del amor, se vió obligada à exponer la prenda de su corazon à agenas puertas. Yá lo quitó de sí; pero el amor todavia aun no la dexa sofegar, juntandose à las necesidades que la affigen. ¿Y qué hace? Busca modo como acomodarse por ama en aquella misma casa, donde expuso à su hijo, por conseguir así siquiera el criarlo à sus pechos, que à eso le tira su amor. Configuelo, y le señalan su salario. Pregunta ahora: ¿es este amor sin interés, ò es amor interesado? De todo tiene. Es amor in-

terefado, pues que le pagan porque dé el pecho à la criatura; pero es amor sin interés, porque ella, aunque nada le dieran, muy gustosa lo criara, porque es su hijo. Recibe la paga, es verdad; mas no es ese su principal intento: que solo dár su leche à su hijo, es todo el blanco de su amor.

Pues entendamos: Amar à Dios solo por Dios, ese es el amor desinteresado à que nos obliga la caridad; mas no quita que luego por la Esperanza, amando à Dios principalmente, esperamos de su liberal mano la paga de nuestras buenas obras, la recompensa de nuestros méritos, y el feliz, è inmenso premio de su gloria. (Suar. de Spe. D. 1. S. 3. n. 4.) Mas lo principal que amamos es Dios, y esa es la razon porque amamos todos los demás bienes, no al contrario. De modo, que no hemos de amar à Dios por los bienes que puede darnos, no; que eso mas fuera amar nuestro interés, que à Dios; sino al contrario, hemos de esperar aquellos bienes, por Dios, que es el principal objeto de nuestro amor. Y he aquí como el interés que se mezcla en la Esperanza, no se opondrá à la fineza del amor de Dios, que nos pide la Caridad.

Yá, pues, este primer Mandamiento de el amor de Dios, es juntamente especial precepto afirmativo, que nos obliga à hacer especiales actos de Esperanza; en esto no hay duda. Determinalo así el Sumo Pontífice Alexandro VII. en la primera proposicion condenada. Mas quando obliga debaxo de pecado mortal à hacer esos actos de Esperanza? Aquí entra la misma dificultad, que yá dixé en los actos de Amor de Dios. Lo que asientan los Theólogos todos es, que en qualquier necesidad grave, ò peligro de perder el alma, en que para salir bien hemos menester acudir à la Esperanza, entonces estamos obligados à hacer sus actos: v. g. el que se vé gravemente tentado à desesperacion, y esto con mucho mas aprieto à la hora de la muerte, debe acudir entonces à hacer especiales actos de Esperanza en Dios. ¿Y bastará con eso? No basta, sino que aun fuera de peligros, estamos en nuestra vida obligados à hacer à tiempos estos actos. ¿Quando? Nadie lo determina con firmeza: que si se dilata, y se dexa de hacer por mucho tiempo, será pecado mortal, nadie puede dudar. Oygan en este punto à la lumbrera de la Theologia, à nuestro Eximio Doctor Padre Francisco Suarez: *Ita tenentur exercere hos actus, ut ratione illorum sint benè dispositi ad benè operandum, & vitandum peccata, quod moraliter prestari rectè non potest, nisi ab homine benè sperante.* (De Spe. D. 2. S. 1. n. 3.) Si la Esperanza es la que alienta las buenas obras, y es la que refrena las culpas, debe cada uno ir haciendo los actos de Esperanza, de modo que sirvan de aliento à las buenas obras, y le sirvan de freno à las culpas. Y si por la Esperanza yá desde esta vida nos hacemos vecinos de la Gloria: *Gloriamini in spe gloriae*, (Ad Rom. 5.) que hay que poner dificultades para frequentar los actos, que solo pueden ser nuestro